

tinta nacionalidad que la nuestra, y provocar una inteligencia entre los hombres que actualmente se acechan traidoramente! ¡Cuántos prejuicios desaparecerían rápidamente, si aprendiesen á ver en los santos los verdaderos representantes de su época y de su pueblo!

Para citar un ejemplo, los buenos alemanes no cesan de gemir, desde los tiempos de Walther y de Hutten, contra la supuesta sed de dominio de Roma; pero semejante animosidad no produce otro efecto que impedirles apreciar la verdad.

Todo hombre imparcial, conocedor del carácter particular del alemán y del romano, supondrá desde luego que, tras de esta susceptibilidad, no hay otra cosa que cierto secreto disgusto en el alemán por no poseer los determinados dones que posee el romano en alto grado.

Y semejante suposición se convierte en certeza completa, si, para comprender la historia, empleamos la clave de que aquí se trata.

Porque cuando examinamos el verdadero carácter del romano en su más elevada encarnación, en León el Grande, Gregorio el Magno, Inocencio III, vemos que el antiguo espíritu romano, que sometió el mundo entero á la ciudad levantada en las márgenes del Tíber, se continúa intacto en el Cristianismo.

El antiguo romano era maestro en tres cosas: en el arte de organizar el Estado y la vida, en la jurisprudencia y en las ceremonias religiosas.

Ahora bien, nadie negará que haya transmitido, en el grado más elevado, á su nieto cristiano, este triple don. La Roma cristiana ha conservado siempre, por este medio, su influencia predominante. Y aquí podemos hacer abstracción del privilegio que Dios le ha concedido, al hacer de ella la sede del supremo poder en la Iglesia. Sólo las cualidades naturales que acabamos de citar debían asegurar á la influencia romana su importancia predominante en todas las cuestiones en que se trata de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, del derecho y de la liturgia.

Una simple mirada á los santos romanos nos ilustra sobre esta materia.

¡Qué estrechez de espíritu, y qué falsedad, al lamentarse inconsideradamente de la ambición, de las usurpaciones, de los abusos tiránicos del poder romano! ¿Acaso una habilidad mayor es usurpación? ¿Desde cuándo capacidades notables y una práctica de dos mil años son injusticia con relación á aquellos á quienes Dios ha dado hermosos talentos, pero sin permitir ejercitarlos?

**9. La historia de los santos es una enseñanza para la historia de la civilización.**—Vemos por este solo ejemplo que la historia, sobre todo la historia de la cultura, podría aprender mucho de la vida de los Santos.

Cuando recorremos las obras que ordinariamente se colocan entre las historias de la civilización, siéntese uno casi tentado á desesperar del hombre y á perder el valor para vivir en el mundo.

¿Es que una historia de la civilización y de la moral—por lo menos cuando trata de tiempos cristianos—no debe ser más que una descripción de los aspectos defectuosos de la humanidad? ¿No debe hablar más que de criminales, de hipócritas, de ciegos, y únicamente por casualidad de hechos regeneradores?

Cuando hay que hablar de San Francisco de Asís ó de Santa Isabel, se hace á lo más para expresar en pocas palabras el disgusto de que espíritus tan bien dotados y tan bien intencionados hayan sido reservados á tiempos cristianos y hayan abrigado de sí mismos tan grandes ilusiones.

En este caso, la historia de la civilización sólo puede ser un tribunal supremo en torno del cual giren los historiadores graznando como cuervos. Estos pájaros de mal agüero no se cuidan poco ni mucho de que en las vastas páginas de la historia haya millares de hombres felices y honrados y jardines en que brotan magníficas flores: sólo aman la muerte y la putrefacción.

Tentados nos sentimos á poner como divisa de estas obras los versos del bardo anglosajón:

«Apenas resuenan las trompetas anunciando el horror y la carnicería de la batalla, cuando el cuervo deja oír su ronco sonido, lanza graznidos de júbilo y vuela á su festín. El buitres, cubierto de rocío, sigue con ávidos ojos la obra de la muerte, y el lobo se prepara á arrojarse alegremente sobre su presa». <sup>(1)</sup>

Sólo que lo que se recoge en los campos de batalla y en las cloacas no es ciertamente lo que constituye la historia de la civilización, sino que lo que forma parte de ésta es ante todo la formación del espíritu y del corazón. Todos deben comprender que no hay que ir á buscarla en los párrafos de la ley escolar, en el campo de maniobras ó en una sala de la Escuela de Bellas Artes.

El que desea aprender á conocer la verdad y la formación de que el hombre es capaz, debe también descender á la oscuridad de las catacumbas y á los espantosos calabozos del Coliseo. Debe trasladarse á los desiertos y á las cumbres de los montes más solitarios. Debe conocer los refugios del sufrimiento, de la penitencia, del sacrificio, los hospitales, los hospicios de niños abandonados, los asilos de pobres. Debe visitar las ricas catedrales durante la celebración de los oficios solemnes y en las horas en que los fieles hacen en ellas silenciosamente sus ejercicios de devoción, lo mismo que el silencioso retiro, testigo de tantas luchas y tantos méritos. Sólo entonces dará con los vestigios propiamente dichos de esta historia.

Escribir una historia de la civilización no es fácil empresa.

Si pudiésemos recoger la verdadera civilización en medio de la calle, difundiríase entonces por todo el universo. Pero cuando el historiador se atiene á cosas vulgares que hieren los sentidos, da precisamente con lo contrario de la civilización, á saber, con vanas apariencias, con la mentira y el vicio.

Dice el proverbio: «Las malas ruedas son siempre las que más rechinan». Un buen carruaje con buen caballo pasa á nuestro lado sin que lo advirtamos.

(1) Cynewulf, *Elene*, I, 109 y sig.

Hay millares de conchas vacías en la orilla del mar; pero el que quiere perlas, debe ir á buscarlas en la profundidad del océano.

Sólo con mucho trabajo podemos descubrir lo que hay de bueno y noble en la humanidad; el que considera como sobrado fácil este trabajo, nada ve.

Esta es la razón por la cual son tan raras las citas de cristianos en los autores paganos de los primeros siglos.

El asombro de tantos sabios sobre este punto muestra lo poco que conocen el mundo.

¿Ocurre hoy lo contrario? Cuando se lean en los tiempos futuros cierto número de nuestros autores modernos, creeráse que no existían cristianos en el siglo XIX. Y si leemos muchos historiadores de la civilización, apenas si podremos comprobar la existencia de un noble carácter.

Esta es la consecuencia natural del hecho de que nuestros historiadores de la civilización pasen en silencio precisamente á aquellos en quien se hallan expresadas del modo más brillante las más bellas cualidades de su época y de su pueblo.

Tanto como no se dé á los santos un puesto distinguido en estas historias, porque son ellos los más puros representantes de la mejor parte de la humanidad, no tendremos una historia excelente.

Uno de esos historiadores que no parece sino que se han propuesto inspirarnos horror por la humanidad pasada, Wachsmuth, se ha dado cuenta de lo que aquí decimos en un momento lúcido de su vida. Hablando de san Bernardo, dice que «fué un gran santo, no porque superase en ciencia á sus contemporáneos, sino porque comprendió y resumió del mejor modo posible en él las particularidades de su época». <sup>(1)</sup>

Desgraciadamente, ni siquiera Wachsmuth comprendió este gran pensamiento. ¡Ah, de cuán distinta manera juzgaríamos la Edad Media, si la apreciásemos desde este punto de vista! ¡Cuán distintas vías emprenderíamos, y

(1) Wachsmuth, *Europäische Sittengeschichte*, III, I, 86.

cuán distintas fuentes investigaríamos para escribir su historia!

**10. La gran empresa de la historia de la civilización; todavía está para resolver.**—Si, pues, existe una obra importante y oportuna, digna de los esfuerzos de un corazón magnánimo, es ciertamente la historia de la civilización desde todos sus puntos de vista, es decir, desde el punto de vista natural y sobrenatural, interior y exterior, desde el punto de vista de la formación del espíritu y del corazón.

Pero semejante obra sólo podría hacerse refiriéndose á la historia de la vida de los santos. Únicamente si se los concibe como los más puros representantes de sus pueblos y como los más importantes acontecimientos de la civilización, únicamente si todos los otros acontecimientos de su época se representan en unión ó en oposición con ellos, tendremos por fin una historia de la civilización, en la cual la luz y las sombras estarán igualmente repartidas, y en la cual aparecerá la verdad de cuerpo entero, en una palabra, una historia del mundo tal cual es.

Sin los santos, es en realidad el mundo lo que nos dice el pesimismo: una tumba llena de podredumbre, un laberinto en cuya obscuridad se siente uno pésimamente.

Pero el que conoce á los santos, ve la historia y la humanidad á través de un prisma muy distinto. Ve muchas cosas censurables, pero ve igualmente que jamás ha enfermado una parte de la humanidad sin que el sabio Médico de los pueblos haya puesto en ella un grano de saludable sal curativa: un santo. El que los conoce, marcha á menudo por senderos tenebrosos, pero jamás en la oscuridad completa. Porque, aun en los tiempos más negros, encuentra siempre alguien en quien se han verificado las palabras: «Para que seáis irrepreensibles y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandecéis como lumbreras del mundo». <sup>(1)</sup>

(1) Phil., II, 15.

## CONFERENCIA XXV

### EL PARAÍSO RECOBRADO

**1. Belleza del mundo, allí en donde el hombre no la destruyé.**—El viejo Bernardo Emmerich se complacía en hacerse acompañar por sus hijos, cuando por la mañana, muy temprano, se dirigía al campo. «Ved,—les decía—nadie ha pisado todavía el rocío. Somos los primeros, y si oráis con fe, serán bendecidos los campos. ¡Es tan hermoso ser el primero en hollar el rocío! ¡No es ello un signo de que ningún pecado se ha cometido aún en la llanura, de que ninguna mala palabra ha sido todavía pronunciada?» <sup>(1)</sup>

En tales términos, llenos de elevada poesía y profunda sabiduría, resolvió el sencillo aldeano westphaliano una cuestión difícil, que con frecuencia pone en aprieto á personas más instruidas que él.

Mediante la oración, la reflexión y el trabajo, los espíritus sencillos y rectos descubren, en la escuela de la naturaleza, mucho más fácilmente la verdad, que los sabios en la pesada atmósfera de las clases en que enseñan. Tal es la razón por la cual todos han podido comprobar que es más fácil hablar con ellos de las cosas más elevadas, y que á menudo manifiestan más interés y más inteligencia en las cuestiones tratadas por San Agustín, que los mismos supuestos sabios.

El vecino de la ciudad que abandona por un instante el tumulto que le rodea, darse cuenta de lo que acabamos de decir, cuando siente pasar el soplo poderoso del Espíritu Santo á través de los bosques, y cuando advierte la dulce sublimidad del Creador en el majestuoso silencio de las

(1) Schmöger, *Anna Kath. Emmerich*, (2) I, 35.